

La analfabeta

AGOTA KRISTOF

Traducción de Juli Peradejordi. Alpha Decay. Barcelona, 2015. 64 páginas, 9'90€

Es difícil comprender la soledad y el terror que puede sufrir quien debe abandonar su país y su lengua, obligada por una dictadura, y se descubre como una analfabeta con veintipocos años y una hija. Sobre todo si esa analfabeta se llama Agota Kristof (Csikvánd, Hungría, 1935-Neuchâtel, Suiza, 2011), aprendió a leer húngaro con cuatro años ("Leo. Es como una enfermedad" [p. 23]) y adora desde niña "contar historias [...] inventadas por mí misma" (p. 26).

Alpha Decay recupera ahora, con prólogo de José María Nadal Suau, once de estas brevísimas estampas autobiográficas que la escritora húngara consideraba menores, incluso prescindibles, pero que ofrecen las

claves de lo que fue una obra narrativa mayúscula que conviene releer o descubrir desde los datos que este librito regala. De la infancia idílica de "Indicios" y "De la palabra a la escritura" a los difíciles años 50, cuando la Hungría ocupada por los nazis en los 40 era ya un satélite soviético ("Payasadas"), la autora de *Claus y Lucas* embroma al pasado sin sentimentalismos y sin piedad, como al recordar el reencuentro con un amigo que le confiesa cuánto la admiraba por llevar su abrigo negro siempre abierto incluso en invierno, sin saber que estaba roto y sin botones, o que a veces debía pasar varios días en cama, fingién-

dose enferma, porque le estaban reparando su único, viejísimo, par de zapatos.

Con todo, lo peor estaba por venir, ese exilio inacabable que tizna todas estas páginas y que es el eje de este relato aparentemente inofensivo pero que en estos días de refugiados y olvidos resulta aún más impresionante. Como hoy tantos sirios y afganos, como todos los que huyen del miedo, el hambre y la muerte, también Kristof tuvo

que cruzar una frontera, la de Suiza, de forma clandestina y reinventarse. Entonces, cuando comenzó a trabajar en una fábrica suiza, fueron sus compañeras quienes le enseñaron, con gestos, sus primeras palabras en francés. Su hija abría los ojos y lloraba "porque yo no la entendía; en otra ocasión, porque era ella la que no me entendía" (p. 56). Pero logró matricularse en un curso de francés para extranjeros en la universidad. Y volvió a leer "a Voltaire, a Sartre, a Camus. [...] Todo está lleno de libros comprensibles, por fin, también para mí" (p. 57).

Lo demás (sus libros en francés, el éxito mundial) es historia, como lo es su conclusión: "¿Cómo habría sido mi vida si no hubiera dejado mi país? Más dura, más pobre, pero también menos solitaria, menos rota; quizá feliz" (p. 47). Sí, impresionante. **ELENA COSTA**



A veces la vida ofrece unos milagros que solo se encuentran en la literatura. Que vuelva Pearl S. Buck (Hillsboro, Virginia Occidental, 1892-1973) a ser noticia literaria, es una de las mayores sorpresas del año. Cuarenta años después de su muerte, una desconocida encuentra en su trasero alquilado en Texas, el manuscrito que estaba escribiendo Pearl S. Buck al fallecer. Y así, gracias a los extraños caminos que elige el destino, podemos leer *El eterno asombro*, desaparecida durante casi medio siglo.

Todo en la vida de esta genial escritora fue un acontecimiento. Premio Nobel a los 46 años, cuando solo había escrito siete novelas, el galardón fue el mayor impulso que podían haber dado a su carrera literaria. Pearl S. Buck era hija de misioneros y pasó

la mitad de su vida en China, de donde extrae la inspiración que nutren sus novelas. Mujer incansable, comprometida —luchó por los derechos de la mujer y los emigrantes asiáticos en Estados Unidos— y empresaria, fue también una madre ejemplar: había tenido de su primer marido una hija enferma y otra adoptada y, con Richard Wash, su segundo compañero, adoptaría otros seis.

El eterno asombro recorre la vida de Randolph Cofax, un niño superdotado. Su padre, profesor, ayuda a encauzar las peculiaridades de este chico, inadaptado e inadaptable por su inteligencia, que sabe leer y escribir a los 3 años. Después de su padre, serán su profesor de universidad Donald Sharpe, su abuelo, Lady Mary y otros personajes con los que Rann

se irá cruzando por un camino que le lleva de Nueva York a Londres, París y Corea. Su propósito, encontrarse como individuo y descubrir su identidad. Poco a poco, comprenderá que no todo está en los libros y se abrirá al mundo gracias a su amor por Stephanie Kung, hija de un chino y residente en París.

Novela de formación, es peculiar que *El eterno asombro* sea, sin embargo, la última novela de Buck, escrita cuando su autora había alcanzado los 80 años. Salvo que, como es el caso, la novela nazca de esa larga experiencia. Solo alguien que ha vivido con plenitud puede hablarnos de lo que constituye la vida. Cabe preguntarse si el libro hubiera tenido el mismo impacto hace 40 años. Esta claro que es un extraño golpe del azar, ya que los temas que aborda Buck, como la atracción homosexual, los mestizos o la búsqueda de identidad están a la orden del día.

JACINTA CREMADES

El eterno asombro

PEARL S. BUCK

Traducción de Albert Fuentes
Ediciones B. 291 pp., 19€